

Flirt



Núm. 3.

30 cts.

El alma caballeresca de don Juan, un don Juan contemporáneo, escéptico y sensual, descreído y despreocupado, asomará en estas páginas, no como un Fauno rijo y solapado, sin otro culto que la carne por la carne--el chiste procaz, el dibujo pornográfico--, sino como un gran caballero libertino, cuyas ligerezas estuvieran purificadas por su gracia, su talento, su espiritualidad...

Nuestro Don Juan, pues, no será un rufián de lupanar entre mancebas, sino un romántico trovador de cuentos verdes, un viejo abate libertino...

De vez en cuando, entre frivolidad y frivolidad, sin dejar de reir nunca, hará Don Juan un alto en sus carnales escarceos, para como un escéptico pensador hablarnos de las grandes incógnitas de nuestra alma voluble y caprichosa... del porqué las mujeres y los hombres recíprocamente se engañan, a qué edad son más interesantes para quererse las unas y los otros; nos hablará, en fin, de la nueva psicología del amor, tan descreído y tan metalizado... todo ello constelado de mil anécdotas de amor. Os haremos pensar a ratos, sin dejar de haceros reir nunca.

Esta Revista, pues, como las grandes cortesanas, dentro de su perversidad sabrá guardar la delicada corrección de una gran señora... Ni erotismo ni grosería... Un caramelo de menta todo lo más...

COLABORADORES:

Linares Rivas. - Alberto Insúa. - Zamacois. - Emilio Carrere. - López de Haro. - Joaquín Belda. - Federico García Sanchiz. - López Barbadillo. - Díez de Tejada. - Vargas Vila. - Antón del Olmet. - Cansinos Assens. - Hernández Catá. - Gómez de la Serna. - Répide. - José Francés. - Diego San José. - Tomás Borrás. - Alvaro Retana. - Dibujantes: Manuel Tovar. - Robledano. - Tito. - Ochoa y otros.



-- Y ¿te gustan las mujeres descotadas?
-- Hasta cierto punto.
-- ¿Umbilical?...

Dibujo de Tito.



--Y ¿qué te dijo de nosotras?
--Que éramos un curso completo de enseñanza superior...

Dibujo de Tito.

Flirt

EN EL BAILE



VENUS & COSMOPOLIS

—También yo tengo una aventura en un baile de máscaras...

Recuerdo estas palabras de un extraño personaje que conocí en el hall de un hotel cosmopolita, que es como encontrarse en un embarcadero o en los andenes de una estación. Igual que un viajero desapareció mi casual amigo, de pronto y para siempre, pero no sin dejarme la inquietud de su misterio y de unos fugaces y casi involuntarios relatos, relámpagos sobre el secreto de su vida. Y ahora que comienzan a celebrarse los bailes carnavalescos acude a mi memoria la confidencia suya, que escuché al arrullo de un vals tziganesco y viendo desfilar mujeres con trajes de fantasía y gentlemen de frac, desbordamiento de flores primaverales entre el afán de los escarabajos.

—También yo tengo una aventura...

El señor Marand, nombre con el que se presentaba, limpió su monóculo, lo encajó en su lugar y tras una breve pausa, dijo:

—Yo tenía aún la cabeza completamente negra y el corazón rojo, de fuego... Era inagotable mi capacidad de devorador de sensaciones, como mi ambición de lances extraordinarios... A pesar de la experiencia, fui aquella noche al teatro todavía con un poco de ilusión... Me hice reservar un palco para el baile... Desde adentro, entre las cortinas de velludo, medio disimulado en la sombra, contemplaba el oleaje multicolor y ruidoso, bajo la lluvia de serpentinas; entreteníame observando otros palcos, donde los muñecos humanos gesticulaban como las marionetas de un guiñol para la chiquillería... A decir



verdad, no me divertía el espectáculo... En vano pasaban máscaras mirándome fija mente y riéndose con todos sus dientes que deslumbraban... En esto asaltó mi refugio un dominó evocador del Puente de los Suspiros de Venecia... El episodio, no menos correspondía a la ciudad de las intrigas bellas y terribles... Porque no tardó nada en llegar, pálido y exaltado, mi buen Ricardo Schultze, mi camarada de entonces, casi mi hermano... Ella apenas tuvo tiempo de revelarme cómo por celos acudió al baile, pero sin duda su marido la había reconocido y creía otra cosa... Ella era gentil y pura como el cisne lohengrinesco... Y he aquí al visionario que intenta quitar la careta a su mujer, y que duda de mí, y que nos insulta, y... que... Sí, señor; para salvar el honor de mi amigo hube de tratar a una dama como a una ramera, y luego para salvar el amor de esta dama hube de batirme con el hombre a quien ella amaba, y a quien... Adivine usted el final... Yo poseía la mañana del duelo la más diestra de las torpezas...

Calló el narrador, el evocador, y mientras poblaba nuestro silencio el desfile de las máscaras, de nuevo mi amigo limpió su monóculo. Lo metía en su boca diáfano hasta no verse, y lo extraía blanco del vaho, como una hostia. Su frase final parecía aludir a mi capricho metafórico. Exclamó con religiosa tristeza:

—Nunca como aquel año fué oportuna la Cuaresma detrás de Carnavales... Yo metí mi alma a fraile desde entonces...

Federico García Lorca

LA PULSERA EN EL PIE DE TÓRTOLA VALENCIA, POR MIGUEL DE CASTRO

Al danzar, tu desnudo pie
que ondula igual que una serpiente,
me hace soñar con Salomé
danzando en un tapiz de Oriente.

Las rosas de los siete vicios
arden en piras salutales
y el humo de los sacrificios
te idealiza en sus espirales.

Y eres sacerdotisa maga
de no sé qué remotos ritos
que con el pie desnudo apaga
llamas de anhelos infinitos.

Color de un sol indio que ardiera
sobre una pagoda, es el brillo
amarillo de la pulsera
que reverbera en tu tobillo.



I ALBERTO N S U A

LOS PECADOS SIN PERDON

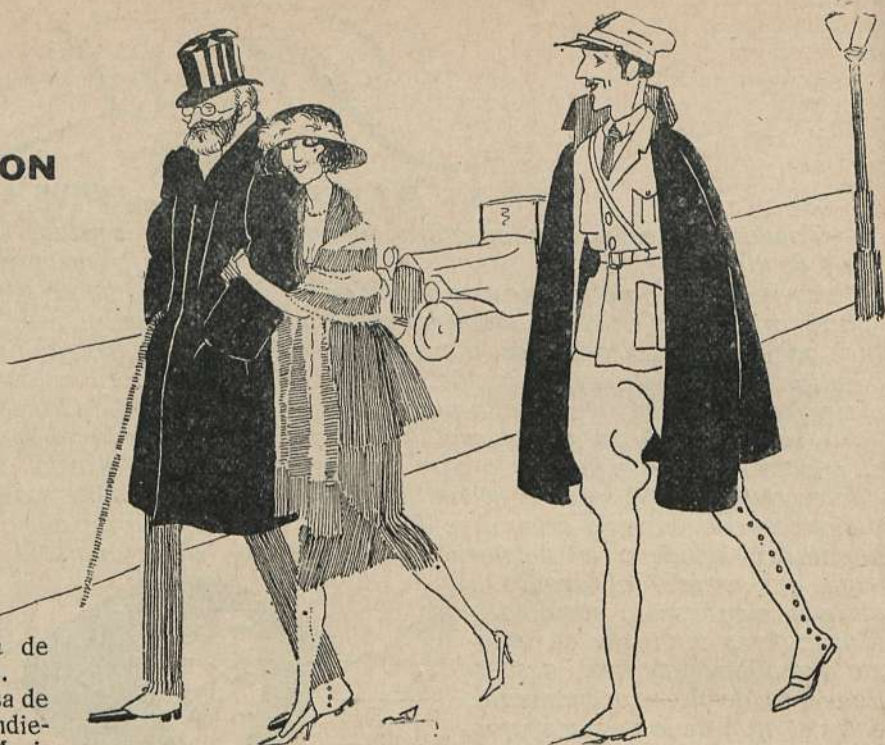
LA CONDESA MARINA

Yo me opuse a su boda con el conde de Oriol. No he aprobado nunca los matrimonios en que no hay armonía de edad. Y esta armonía existe cuando el esposo le lleva diez o doce años a la mujer. Es la tradición ortodoxa. Entre la creación de Adán y la de Eva median algunas de esas jornadas incommensurables del período bíblico. Adán era un hombre musculoso y barbudo cuando de su propia carne le formó Jehová compañera. El conde de Oriol tenía sesenta años. Marina, diez y ocho. Más que diferencia de edades, existía un abismo entre ambos.

Yo se lo dije al barón y a la baronesa de Regio, padres de Marina. Y me respondieron que la empeñada en casarse era Marina. No me sorprendí. Marina era mi penitente: conocía su amor al lujo y su tendencia a los placeres frívolos. Recordaba algunos de sus pequeños pecados: hurto de encajes a una amiga; escabrosas complacencias con un hombre que le hacía magníficos presentes. Marina, hermosa como Eva al nacer, blanca como la leche y esbelta como un antílope, creía haber venido al mundo para adornarse, para aspirar perfumes deliciosos y devorar golosinas exquisitas.

Quise penetrar en su alma y conocer sus ambiciones. De pronto sólo vi aquel desenfrenado amor al boato y la molicie. El conde de Oriol tiene un palacio en Venecia, una casa en París, unas minas de plomo en Hungría. —«Pero no tiene juventud»—le respondí a Marina, que me enumeraba todos los méritos del conde. —¿Qué importa?—me contestó. Yo sé que es un anciano, pero la Iglesia no prohíbe el matrimonio entre una muchacha y un viejo. Le respondí: —Es verdad; pero la Iglesia impone a la esposa, sea cual fuere la edad del esposo, los mismos deberes. Cumplirlos con un marido joven es fácil y puede ser agradable. Con uno valetudinario como el conde de Oriol es arduo. Mirándola fijamente añadí: —Te absuelvo, Marina, y te permito casarte, pero, habrás de prometerme ante Dios, que en tu vida y en tu mente sólo existirá un hombre para ti: tu esposo. Te exijo fidelidad material y mental. ¿Escuchas?» Mis ojos debían de fulgar, terribles. Marina me sostuvo la mirada y respondió: —Juro fidelidad material y mental al conde de Oriol.

Bendije aquella boda. Pasó tiempo. Los condes de Oriol viajaban. Yo, en el claustro, pensaba a veces en Marina. Yo le había perdonado su matrimonio, pero no le perdonaría nunca el adulterio. Nunca. Su fidelidad sería su expiación. Supe los triunfos de su belleza y de su virtud en Italia, en Francia y en España. Conocí los nombres de sus rondadores, de sus tentadores. Marina cumplía su juramento. El conde de Oriol, un gentilhomme agotado y voluptuoso, era feliz. Y yo sentía ese extraño placer que me procura la justicia implacable. La condesa de Oriol no gozaría jamás. Hermosa como Eva al nacer, no gustaría el santo goce del amor recíproco. Su



belleza era inútil. Sólo una viudez rápida podía redimir la. Pero el conde, acartonado, parecía inmortal.

Ayer, al terminar las vísperas, vino a buscarme el maestresala del conde. La condesa, gravemente enferma, pedía confesión. Entré en el palacio. Vi al barón y la baronesa de Regio llorando. El conde Oriol estaba consternado, pero no sé qué lucecita irónica brillaba a veces en sus pupilas mates.

Entré en la alcoba de la condesa. La muerte no tardaría en presentarse: los muebles, las personas y la luz de aquel aposento la esperaban. Pedí que me dejaran solo con Marina. Cuando desaparecieron todos, ella quiso levantar una de sus manos exangües. No pudo... Me acerqué, aspiré el olor de flores mustias de su cuerpo, la tibieza febril de su aliento y el vaho de su pelo sudoroso de agonizante.

—¿Has pecado?—le pregunté.

—Sí, padre Clarencio; y le pido el perdón. Voy a morir. Yo misma me he dado la muerte. He querido expiar... Perdón...

—Adulterio y suicidio—murmuré friamente—. Doble pecado mortal...

Marina me imploraba con los ojos turbios de la agonía.

—No quiero condenarme, padre Clarencio. Mi culpa... mi culpa es que no pude resistir al ansia de un hombre joven, como yo. Luché tres años. ¡Cuántos me perseguían! En los bailes, en banquetes... Caballeros de uniforme o de frac... Palabras y gestos conocidos... Me reía de ellos, padre, me reía... Pero aquí, en el palacio...

Se detuvo. Creí que expiraba. Una vergüenza trágica acrecía su lividez.

—¿Aquí en el palacio?—exigí.

—Un palafrenero, joven y hermoso, como un dios...

—¿El Conde lo supo?...

—Hace tres días apareció el palafrenero ahogado en el estanque. Yo ví una luz rara en los ojos del Conde; sentí un gran frío, un gran miedo y preferí morir... No quiero condenarme. Pido perdón. No hay pecado sin perdón, padre Clarencio. Absuélvame...

Levanté una mano. Ella creyó que iba a describir el signo de la indulgencia, y a franquearle la puerta ce-

lestial. Marina era creyente temerosa de Dios y de Luzbel. Tuve un instante de duda. Aun respiraba. Sus labios esperaban el último beso de la vida. Sólo en algún bajo-relieve florentino podría encontrarse belleza tan triste y tan augusta como la de su faz. Los dedos de Dios desvanecían con lentitud amorosa aquel rostro de agonizante.

Marina, acaso, merecía la gloria. Pero yo, implacable, murmuré:

—Condesita frívola, que lo quisiste todo. Si hay un averno, vé a consumirte en sus llamas. ¡Quién fuera la llama que te envolverá!

Marina me miró espantada.

—¡Perdón! ¡Está aquí el diablo! ¡Perdón!

Después de aquel grito, su cuerpo tuvo una sola sacudida. La cerré los ojos y llamé. Lágrimas, murmullos y plegarias... Yo miraba a la dulce pecadora que mi corazón no había podido perdonar con recóndito espanto. ¡Si hay un averno, la Condesa Marina arderá en él eternamente!

Su alma estuvo entre mis manos. Era blanca y suave como su cuerpo. Pude dársela a Dios y se la di a Satán.

Alberto Insua.

A LOS DIBUJANTES DESCONOCIDOS

Brindamos las páginas de esta Revista a los dibujantes de talento. Tendremos una verdadera complacencia en lanzar valores nuevos. En España hay un verdadero renacimiento en este género y queremos contribuir así a él.

DIEGO SAN JOSE

LA VIEJA ESPAÑA GALANTE



LOS RECIÉN CASADOS Y LOS BANDIDOS

¡Oh, la vieja picardía, maestra de donaires y cantera inagotable del ingenio! ¡Cuántos capítulos guarda en sus antologías que valen la pena de ser recordados en todos los tiempos! En gracia de mis lectores quiero recordar este suceso que ya antes de ahora ha sido pasado por el tamiz de algún príncipe de la gorja y el bureo.

Erase que se era un matrimonio recién casado y muy metódico en usos y costumbres de su nueva condición, puesto que ella era una gen-

til beatica que nunca pareció entender más que de sus devociones, y él un sacristán de monjas que no entendía de otra cosa que de sus santos y de tocar a misa. De asistir la muchacha un día y otro a la iglesia donde aquél prestaba sus menesteres vino el conocerse, y yendo por los pasos contados de un honesto noviazgo embocaron en la numerosa orden del matrimonio.

Con licencia de la Santa Madre Iglesia tomaron posesión de sus personas como ya habíanla tomado de sus corazones, pero con tanta parsimonia por parte de la novia, que apenas si ponía de su parte para que

las ansias del novio lograsen el deseado regodeo. Una estatua de mármol no se hubiera conmovido menos.

Acaeció que para cobrar cierta inesperada herencia que se les vino a las manos, tuvieron necesidad de hacer un viaje a no se me acuerda qué tierras de Andalucía. Pusieron en camino una mañana, caballeros en dos reverendas mulas del convento, y como el tiempo era bueno se hizo fácil el camino y en menos tiempo del que pensaban llegaron a la sierra andaluza.

Por entendido se calla, teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaban casados, que en cuantas ventas y paradores que hallaban al paso hacían detención, más que por necesidad de descanso, por revolcarse un poco, y a las veces ni tanto esperaban, pues la soledad de un bosquecillo y el escondrijo de unos jarales también se lo consentía.

El sacristancico portábase como bueno, pero la linda sierva de Dios, aunque no daba muestras de desagradarle, no ayudaba cosa en los embites y asaltos de aquel combate de amor en campos de lana y aun de borra y guijarros. Con ello el marido desesperábase no poco, pues todo el peso de la lucha estaba a su cargo. Quiso la malaventura de sus mercedes, que en una encrucijada saliera al paso una partida de ladrones, que les desvalijó muy bien.

No teniendo cosa que quitarles, parecióles muy bien la moza para holgarse un rato, y porque el marido no les estorbase el regodeo y por darle dentera, (que nunca los facinerosos fueron bien intencionados), amarráronle a una robusta encina.

Comenzando por el capitán y acabando por el motil, que sumaban siete fieras, todos arremetieron sobre la moza, quien moviase en la danza como la más desenvuelta danzarina de zarabandas.

Hecho el mal recado, fueron, dejando a la pobre pareja sin blanca y con aquella afrenta.

El marido, así como fué desatado por su propia mujer, comenzó a decirle:

—Pues, perra, ¿cómo ahora poco estabas tan ágil con esa canalla, y conmigo pareces de plomo?

—Aun me lo habías de agradecer, antes que reprendérmelo —replicó airada la mujer— que antes lo hacía así de honrada que de pecadora, pues a gente infame, hay que despacharla pronto.

Diego San José

LA QUE ENVEJECIO TRES VECES, POR CANSINOS-ASSENS

Aquella mujer había sido madre de tres hijas: de tres hijas hermosas que reproducían sucesivamente la imagen de su belleza original, ya abolida por el tiempo. Ella en el matrimonio, y más tarde bajo los velos de la viudez, semejante a esas aguas opacas y frías en que un día radiante encuentra su ocaso anticipado, había perdido toda su belleza; pero maravillosamente la recobraba en cada juventud de sus hijas; y era así como una mujer que hubiese tenido tres juventudes o tres máscaras bellas que mostrar a la vida. Por tres veces, una después de otra, crecieron sus senos y renovóse su cabellera y revivió la llama de sus ojos. Y cada vez que el milagro se operaba, ella, que había envejecido en la pobreza virtuosa, pensaba, con tardía avaricia: «Esta vez no me dejaré engañar por el amor; trocaré mi hermosura por algo valioso y la pondré en las balanzas donde se pesan las mercaderías preciosas. ¿De qué me sirvió en otro tiempo la virtud?» Y al lado de la hija, florida en su hora, aguardaba la llegada del tentador infalible. Pero cuando el tentador llegaba, con su arquilla repleta de gemas y su espejillo constelado de diamantes, la costumbre de su virtud triunfaba en el alma de la hija, demasiado soberbia para trocar su honor por una imagen engalanada. Y el tentador se iba con su arquilla repleta, riendo del pueril prodigio de verse rechazado; y en su sombra fugitiva otoño anticipado agostaban las rosas que por una vez se ofrecen a las mujeres. Y entonces la madre sentía un arrepentimiento tardío y se retorció las manos; y para consolarse, posaba los ojos en la hija menor y decía: «Cuando ésta alcance su hora florida y vuelva otra vez el tentador infalible, no lo dejaré ir!» Y confiada en la suerte, pues que una mujer joven dormía en sus rodillas, aguardando el instante de pleno florecer, y unas trenzas

femeninas crecían en las sombras, marcando horas cada vez más largas y primaverales, esperaba la llegada del tentador infalible, de ese que en cada primavera presiente la fragancia a miel cuajada de una virgen nueva.

Mas cuando venía el tentador, el resabio de su virtud orgullosa triunfaba en su hija: y nuevamente eran despreciadas las gemas y los espejillos adúladores y por grande que fuese su deseo de vender su belleza, un gesto de orgullo intempestivo malograba el porvenir soñado. Y de nuevo era perdida la ocasión de lograr lo que sólo se le ofrece a una mujer joven. Y nuevamente la mujer envejecía, sin opción ya a las rosas ni a los diamantes: y menguaban sus senos y apagábanse sus ojos en la noche de sus velos de viuda. Mas otra vez, consolábase su alma triste interrogando el presagio cierto de la belleza naciente de una hija, con la que había de tornar una primavera. Mas cuando la última de las hijas alcanzó la plenitud de su hora florida y vencida por el ejemplo de las hermanas, rechazó también al seductor infalible, cuando éste se hubo alejado, para no volver más, puesto que en la casa ya no había ninguna mujer, cuando toda esperanza de desquite hubo de darse por perdida, entonces fué cuando la madre de las tres hijas consideróse vieja definitivamente y sin esperanza de ver entrar en su casa ya más al seductor, perdida ya toda posibilidad de lograr las rosas ni las gemas, que sólo son ofrecidas a una mujer joven, abrazose a sus tres hijas y lloró con ellas, con la desesperación inexpresable de quien por tres veces perdió la juventud y la belleza, que las demás mujeres pierden una sólo vez y lloran toda la vida.

R. Cansinos-Assens



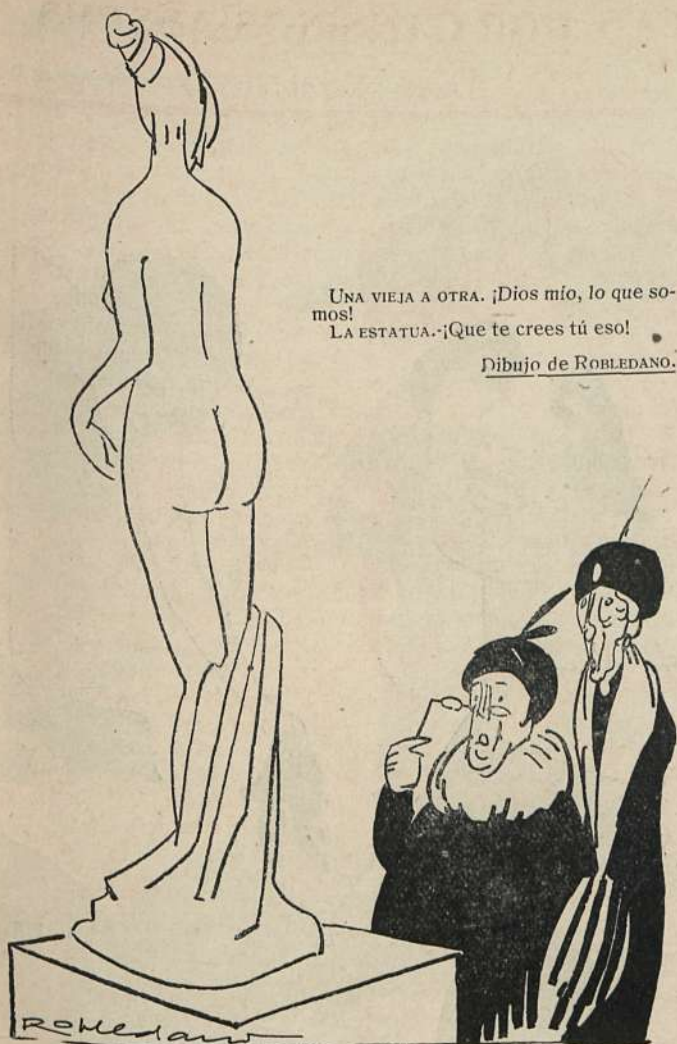
---El señor tendrá el honor de acostarse en el lecho de M. Voltaire.
---Le advierto a usted que yo no soy orgulloso. Dormiría mejor en el de la criada...

(De LE RIRE.-Paris.)



---¿Vendrás luego, Luisín?
---Sí, aquí estaré esta noche... sobre las dos.

Dibujo de LINAJE.



UNA VIEJA A OTRA. ¡Dios mío, lo que somos!
LA ESTATUA. ¡Que te crees tú eso!

Dibujo de ROBLEDANO.



--Total es un pequeño traspies.
- No, si a mí no me importa que sea grande; lo que me inquieta es que sea chico.

Dibujo de Tiro.

SENOS, POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

SENOS DE VIUDA.—Los senos de viuda se abren en la negrura profundamente blancos. Parece que habían de ser blancos y negros, o el uno blanco y el otro negro, o los dos con aureolas y pintas negras; pero son blancos, blancos como lo blanco es blanco y lo negro es negro.

Sobre todo, el primer día que los enseñan de nuevo es como si fuesen adúlteras, y el descubrimiento que hacen de ellos hace que tiemblen ellas y sus nuevos esposos o sus amantes. En medio de la gran libertad de que son dueñas, parecen facilitar lo prohibido. El cadáver a lo lejos intenta levantarse y araña en la caja, porque quisiera evitarlo, porque lo ha visto, porque es lo que menos ha podido evitar, porque sorprender esa primera vez es lo último con bastante fuerza para resucitarle un momento, sólo un momento, un momento después del que muere definitivamente, y entonces los senos de la viuda se quedan cínicos y permitidos para siempre.

El amante o el nuevo esposo, sin embargo, verá siempre cómo desde muy abajo tienden unos brazos hacia los senos que cuelgan.

Todo el perfil de la viuda se exalta siempre sobre una cortina oscura, y, por lo tanto, sus senos se destacan también sobre el negro profundo, sobre el negro que recorta, como unas tijeras, su silueta.

Los senos de la viuda son como unos senos que han

matado, como unos senos mortíferos que pueden hacer una nueva víctima. ¿Qué cicuta dulce hay en ellos? Asustan un poco y parece que apuntan como un arma de fuego. Por eso el nuevo manipulador los relaja, los embota, lucha encarnizadamente con ellos, aun en medio de su pasión por ellos. Hay como un duelo a muerte entre él y ellos, y o declinan los senos de las viudas o declina el nuevo tesorero.

Las viudas saben cuál era el más preferido por el otro; eso lo sospecha el nuevo amante y procura no incurrir en la antigua preferencia y alterna sus preferencias. Es como si la viuda tuviese dos hijos, el uno hijo del otro, y el otro hijo del reciente enamorado. ¡Qué cuidado en no confundirse, porque preguntar la verdad es algo imposible, es una pregunta inexpressable!

¡Senos solapados de las viudas!

Senos, que, como el sello matado de los coleccionistas, tienen más mérito que el mismo sello nuevo, tiene como más vida y una experiencia inimitable, más cumplida, como es más cumplida la decadencia que hay después de la perfección que la perfección misma.

Senos que han muerto y han resucitado, senos que guardan en secreto dentro de sí las antiguas cartas y las antiguas noches, como «secrétaire» con rincones inasequibles.

LA MUJER Y EL DANISMO DE SUS POSSES

EN EL TEATRO, EN LAS CARRERAS, EN LA LAYA, EN EL CAMPO DE TENNIS, EN EL TREN...



En nuestros anteriores números hemos publicado los dibujos femeninos de los ilustradores franceses Fabrice Fabrice, lee. Hoy damos las de mujer que ha sorprendido a estado en sus poses más en- ras, audaces y frivolas.

De «LA VIE PARISIENNE»

AVENTURAS DE UNA CRIADA, POR ALVARO RETANA

MENEGILDA, DONCELLA

Después de mi primera casa donde permanecí seis meses de niñera, me coloqué como doncella en otra casa de la calle de Churruca.

La segunda familia que me tomaba a su servicio se componía de un matrimonio que aun no rayaría en los cincuenta, y tres hijos: una pollita de veinte años y dos zánganos de diez y siete y diez y ocho años. El padre estaba empleado en el Ministerio de la Gobernación y los dos hijos preparábanse para ingresar en el Cuerpo de Correos; la madre y la hija dedicábanse todo el santo día a pasear por las calles de Madrid, y en la casa todo andaba sin orden y concierto. Ejercía las veces de cocinera una horrible vieja que había sido nodriza de la señora y a la cual consideraban como parte integral de la familia. La tal vieja era la verdadera dueña de aquella jaula de locos y tiranizaba como una déspota al matrimonio, a los hijos y a mí. A pesar de sus sesenta y cinco años se conservaba ágil y enérgica y habría hecho frente a un escuadrón de caballería, enarbolando los zorros o la escoba.

La madre dominante, presumida y holgazana, se había sindicado con la hija en contra del cabeza de familia; los hermanos estaban identificados para burlar la vigilancia de sus progenitores y agobiarlos con toda clase de raterías, abandono de estudios y escapatorias nocturnas, y el padre era la exclusiva víctima de la anarquía reinante en aquel hogar.

La madre y la hija sustentaban la teoría de que el divertirse es sano y conveniente y el contraer deudas es de muy buena educación; los niños compartían las mismas creencias aunque campaban por sus respetos a honesta distancia de ellas y el padre era el que se sacrificaba estérilmente por sacar adelante aquella caja de Pandora. La señora no se ocupaba de otra cosa que de ensayar las mil y una fórmulas de perfumería que había capturado para restaurar sus crepusculares atractivos, y tendía amablemente el velo de su discreción cuando uno de los novios de su hija las obsequiaba con unas localidades para Apolo o la Zarzuela o una merienda en la Mallorquina; y la niña cuando adquiría la certeza de que el novio de turno carecía de dinero para sufragar los múltiples gastos con que ellas acostum-



--Y cómo me encuentra, doctor?
--¡De pronóstico!

Dibujo de TITO.

AGUA-FUERTE DE HOY, POR EMILIO CARRERE

*¡El alcohol, la lujuria, la ruleta!
Está la picaresca corte de los Milagros en todo su esplendor;
en los ricos palacios del Azar, la raqueta
es buena sembradora de dolor.*

*Es el círculo mágico donde bailan los números y ríe la Locura,
rojas constelaciones de maligna influencia;
tras de los ríos de oro van mares de amargura
y un fantasma sangriento se asoma a la conciencia.*

*Mas, todo es elegante... Músicas y perfume,
pases de bacarrat y cocaína.
A los ritmos de un fox, la vida se consume
del dancing noherniego a la luz opalina.*

*Lesbia fuma murattis; luce el Baron de Labos sus ojeras moradas;
arde el fuego satánico de los raros amores;
hieden rojas Gomorras en las bocas pintadas
y se encrespan Sodomas en la hora epiléptica de los turbios ardores*

*Laberinto diabólico de la loca Fortuna.
Rueda alegre la bola, tintinea el dinero y galopa la vida.
Mas tarde, en el jardín, a la luz de la luna,
brilla un punto el rewólver de un suicida...*

*Van incubos y súcubos en loca bacanal;
el Caballero Venus hace un guiño a la inquieta
clásica Safo. Alegre carnaval
donde el amor se cambia de careta.*

*Las manos del fullero preparan con los naipes la argucia tenebrosa,
—¡oh, terrible Tarot, donde todo se pierde!—
asesinos de frac, con la browing dispuesta, guardan la poderosa
masonería del tapete verde.*

*Se dispersa el caudal, se desgarran el honor y se engendra el dolor,
las larvas sanguinarias de las malas pasiones han saltado su dique;
de vez en cuando, el Hambre, se anuncia al resplandor
de una pistola bolchevique.*

braban a probar el cariño del aspirante a marido, le despachaba elegantemente para aceptar las relaciones de otro, que cansado de pagar butacas para Price y comilonas en las pastelerías de moda, sin obtener, después de todo, nada positivo, pasaba a engrosar la lista de galanes, víctimas de un sentimentalismo poco productivo.

En aquella casa no había horas fijas de comida, porque todo estaba supeditado a las salidas y entradas de la niña y la madre, y los días que el padre, hambriento y desesperado por la tardanza de las señoritas y el retraso de los señoritos, se arriesgaba a hacerse servir la comida, cuando ellas volvían de sus égrigas cortesanas, promovían una zalagarda cuyo estrépito se oía en la Glorieta de Bilbao. Entonces la Czarina del fregadero, la vieja nodriza de la señora, abandonaba sus dominios y presentábase en el comedor para dar con el gancho del fogón tres golpes en la mesa que imponían silencio a aquel desavenido quinteto. Las frases gruesas pedían un régimen para adelgazar, el matrimonio quedábase aplanado, los tres hijos tampoco osaban replicar a la ilustre fregona, y a mí me tocaba servir el primer plato en medio de un silencio sepulcral.

La nodriza de la señora disfrutaba de aquellas prerrogativas paragobernar a sus señores en virtud del prestigio que la concedía su larga historia de servicios y permanencia en la casa y porque además, como ella era la encargada de lidiar con los acreedores, pedir fiado en la carbonería, tienda de comestibles, panadería, lechería y demás sitios de aprovisionamiento, no había más remedio que chincharse —la vieja empleaba otra palabra más gráfica— con lo que ella dispusiera.

Mi salida de aquella casa sobrevino al año y medio, a consecuencia de una indiscreción de la señora, que a pesar de su característico desdén por cuanto afectase al régimen interior del hogar, se obcecó en vigilarme, escamada de la predilección y democracia con que me favorecían tanto su esposo como los dos chicos.

Confesaré que el mayor de éstos me agradaba, porque era el prototipo del señorito golfo. Se llamaba Manolo y todas las noches, con el pretexto de refrescar la cabeza, salía a dar una vuelta después de cenar y volvía de madrugada. Era un moreno con un par de ojazos negros que le bailaban en la cara cada vez que yo le sonreía, y una noche, sobre las tres y media, cuando yo me encontraba en el mejor de los sueños, se introdujo en mi al-

coba bastante ligero de ropa, y me despertó a besos y abrazos.

—Menegilda, vida mía, ¡cuántas ganas tenía de pillarte por mi cuenta!

—¡Señorito, por Dios, que chilló! —exclamé en voz muy baja y sin decidirme a rechazar la opresión de sus férreos brazos y sus piernas musculares.

—¡Cállate, ladrona, que verás lo bien que lo vamos a pasar los dos! ¿Verdad que nos vamos a querer mucho esta noche?

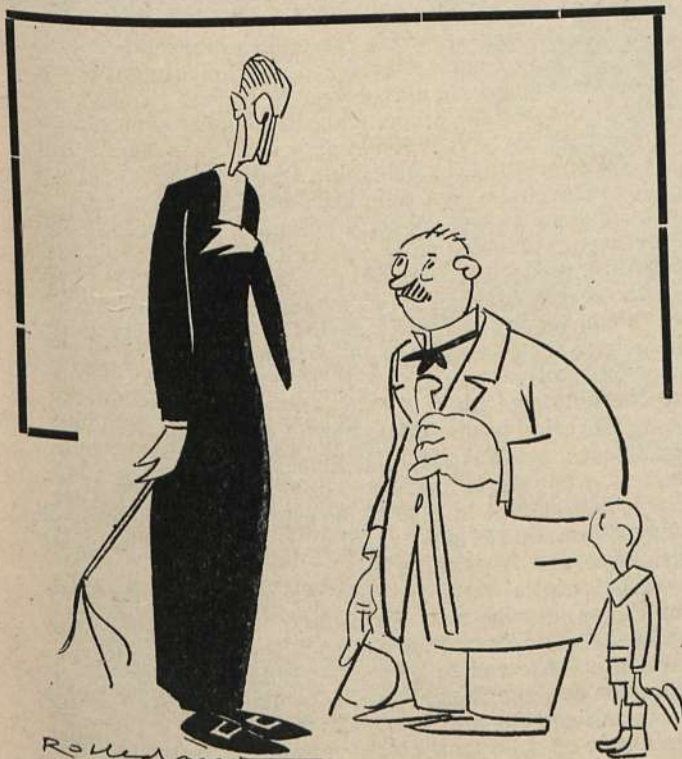
—¿Nada más que esta noche?— repetí yo.

—Y todas las noches que tú quieras, negra

El señorito intentó algo que no es para descrito y yo no opuse resistencia a sus propósitos; pero cuando estábamos en el momento culminante, cuando uno y otro estábamos predispuestos para un final heroico, la señora, que sin duda había oído algún ruido sospechoso, penetró en el cuarto y frustró nuestra felicidad, levantando las sábanas bajo las cuales se acurrucaba medroso el señorito Manolo.

Por segunda vez salía de una casa bajo el peso de una acusación injusta.

Alvaro Retana



Robledano
ES NATURAL

EL PADRE.—¡Comprenderá usted que no hay motivo para expulsar al niño de la clase por no saber lo que son «horizontales»! Ya las conocerá con el tiempo.

Dibujo de ROBLEDANO.



—Y estos dos también son gemelos.

—Vaya, ¡veo que han tenido ustedes una botonadura!

Dibujo de TIRO.

LA NUEVA PSICOLOGÍA DEL AMOR, POR

DE LO VIEJO
A LO NUEVO

Hay cosas—todas las cosas—que envejecen y se atrofian por la razón suprema del tiempo. Hay sensaciones y

emociones que degeneran a lo insensible a fuerza de experimentarlas, y se llega al límite de los años sin que vibren ya esas cuerdas. Pero en cambio y aun en contraposición de las leyes físicas, el período de mayor emotividad en el hombre está señalado científicamente en correspondencia con el máximo de la edad y con el exceso de las sensaciones anteriores. Para decirlo en términos vulgares, el hombre más gastado en amor y más viejo en años, es el más predispuesto y el que reúne las condiciones más favorables para sentir el amor, «y no es raro—dice el gran doctor Marañón, una de las mayores glorias de la medicina actual—que sea precisamente una intensa emoción la que marque el fin de la etapa horizontal de la existencia y el comienzo de la línea descendente, constituyendo el momento culminante de la energía sexual, y llegando la intensidad de las oscilaciones emotivas a reproducir las de la época puberal y juvenil.»

Es decir, que el viejo se vuelve joven durante esos instantes que Roberto Assagiali llamó de sublimación de la energía sexual.

La gente se burla de lo que llaman pasiones seniles, el amor de los cincuenta a los sesenta años—variable, claro, según las circunstancias exógenas en que se desarrolla la vida de cada individuo, pues los hay agotados desde los treinta años y los hay con manifiesta masculinidad a los setenta—, pero esa burla injusta, y razonada sólo por apariencias, se olvida de que precisamente esa edad climatérica es la que señala el instante pleno de la madurez intelectual, de la mayor y más intrincada complejidad afectiva, y es en donde se alcanza la máxima comprensión psicológica. Estos datos, científicamente comprobados—y que por extenso pueden compulsarse en el magnífico opúsculo del doctor Marañón SOBRE LA EDAD Y LA EMOCIÓN—vienen a demostrar que el máximo de la sensibilidad no corresponde al máximo de la fuerza y que la edad madura, repitiendo la frase de Madame d'Houville, es el momento más perfecto de la existencia. Es la edad que Nietzsche llamaba *de la recolección*, y la que ensalzó Tolstoi como suprema edad entre las edades. Ahora bien—y a esta conclusión vamos—, si el amor se afina y se perfecciona en el individuo por el transcurso del tiempo... ¿se habrá perfeccionado también en la Humanidad por la sola razón del transcurso de los siglos?

Claro está que no me refiero a unos cuantos millares de siglos primitivos—y perdonad por lo poco del tiempo...—en que el mundo ha vivido sólo con fieras, desde el mastodonte hasta el hombre salvaje, sino a las épocas de civilización y de refinamiento, únicas capaces de comprender la exaltación amorosa.

LINARES RIVAS

Para llegar con alguna claridad al conocimiento psicológico de lo que es el amor, conviene establecer dos principios fundamentales e indiscutibles:

Primero: que el amor no es un producto natural y espontáneo, sino un producto artificial y adquirido.

Segundo: que la mujer, único ser de la creación susceptible de inspirar amor—porque el hombre no lo ha inspirado nunca—no causa la sensación amorosa por las cualidades físicas que tiene realmente, sino por las cualidades imaginativas que el hombre le atribuye y por las dificultades que ella pone a dejarse conseguir.

Y de aquí se derivan tres consecuencias lógicas:

1.^a Que el amor, como producto artificial y complicado, no es propio de la Humanidad, sino de unos cuantos hombres. La inmensa mayoría nacen sin venir del amor y mueren sin haber sabido lo que es.

2.^a Que la atracción física de los sexos, momentánea o persistente, es un fenómeno fisiológico que algunas veces está relacionado con el amor, pero que otras muchas—las más—procede con entera independencia.

3.^a Que el amor es el único sentimiento que tiene su origen y que vive a expensas de causas fisiológicas, pues cuando éstas desaparecen, instantánea y mecánicamente desaparece también la emoción. Se puede sentir el odio, la envidia, la ambición... todas las pasiones, aun a sabiendas de la imposibilidad material en uno mismo para realizarlas, pero el amor no existe en cuanto la naturaleza no funciona en ese aspecto, a la vez nervioso y humoral, es decir, en cuando pierden su eficacia las hormonas segregadas por las glándulas de secreción interna.

Y tan verdad es hoy la estrecha dependencia entre las afinidades psicológicas y las fisiológicas para la impresión emotiva, que sin el efecto material no se produce el efecto espiritual, ni éste se perfecciona sin el otro. A la impresión primera del espíritu ha de acompañar forzosamente lo que Aristóteles llamaba *lamentación corpórea* y hoy la definen por *conmoción o agitación corpórea*, que es la base de los estados emocionales. En una palabra, que la emotividad es antes un problema de fisiología que de psicología.

Abelardo, el sabio amoroso y amante de la fogosísima Eloisa, escribe unas cartas de amor hermosísimas y apasionadas. En cuanto el aborrecido y aborrecible canónico interviene con su horrenda venganza, Abelardo, a pesar de su experiencia y de su sabiduría, a pesar de las cartas inflamadas que aun le escribe Eloisa y a pesar de su propio empeño en contestar a igual tono, ya no sabe escribir cartas de amor. La fisiología incompleta ha destruido y aniquilado la psicología perfecta de aquel amor que respetaron los siglos para el recuerdo de los más exaltados amores.

Manuel Linares Rivas

Como se había dejado abordar en seguida y era muy joven, ella creyó útil contarle su historia.

—Yo soy hija de un militar retirado, ¿sabes?...

Y fué la invariable historia de todas: el novio, la paloma cayendo en la trampa del cazador ladino, la cólera familiar, el abandono, el hambre, el... ¿Para qué seguir? Esa historia que ellas llegan a referir con las mismas palabras y las mismas cadencias de tono, igual que los actores que han ensayado demasiadas veces un papel.

—Mi hijita está en el campo...

Y si hago esta vida es por ella: para poder sostenerla y darla educación... Para que luego no vaya a pasarle lo que a mí.

El muchacho, que acababa de aprobar aquel mismo día el tercer curso de Derecho, oyó la historia ingenuamente. Las notas obtenidas y generoso ardor que aun las decepciones no habían mitigado, lo impulsaban hacia el optimismo y hacia la piedad. Cuando hablaba con otros compañeros para justificar la lectura de algunos libros transcendentales, solía hablar con desaliento y desplegar perspectivas de desclación, pero solo, desenmascarado por varios vasos de cerveza y por el júbilo del triunfo en los exámenes, el romanticismo, que formaba la mejor parte de su alma, dominaba lo demás; su alma íntegra abríase lo mismo que una flor para dejar ver en el fondo ese polvillo tenue donde parece nacer el perfume... La pobre mujer que no sabía nada, pero que tenía la triste experiencia de los hombres, comprendió en seguida que era presa fácil.

—¿Y es muy pequeña tu chica?

—Siete años... Le mando dinero cada dos semanas... No la tengo aquí para que no sepa... ¡Yo no quiero que lo sepa nunca!

Mezclados con el gentío, ella le fué explicando la historia. Contenta por el efecto inesperado de unas palabras que tantas veces resbalaron sobre la callosidad de tantas almas, insistió en los pormenores, y el muchacho supo el color del pelo de la nena, el de sus ojillos, las cosas que decía en las cartas... Luego, algo desconcertada la mujer, volvió a recapitular su vida, corrigió errores de la primera narración, y habló de la niña otra vez. Ya, al fin, hacía lo sin el interés de aumentar la dádiva, sólo por mantener más tiempo junto a su terrible soledad la atención y la conmiseración de un hombre. El, a las pocas palabras, decidió, sin decirse lo, una idea concreta: vaciar sus ansias de redentor en el caso que la suerte le deparaba. Con impetuosidad juvenil comenzó a imaginar que el Destino no lo había juntado en vano con la mísera mujerzuela. Ni un momento entibió su propósito el pen-

sar cuánto pudiera tener de estéril o ridículo: a los veinte años se es ciego para el ridículo, cuyo fantasma nos detiene en el buen camino tantas veces después. Se arremó a ella, la tomó del brazo con fuerza y con dulzura, cual si quisiera aliviarla de algo del peso de su cuerpo, lleno de pedazos; y durante largo rato marcharon maravillosamente solos entre la muchedumbre. Cuando al pasar bajo la luz de los faroles veía su cara angulosa, la línea escarlata que amplificaba y afeaba sus labios, las

escrófulas que mordían su cuello, sentía que por estar marcada por el infortunio era más digna de ternura, y un poco de su alma iba entonces al través de su brazo a trocar el contacto en caricia. Quería redimirla, resarcirla de los vejámenes, abrirle un camino de ilusión hacia el porvenir... El sacerdote, el hidalgo y el poeta, pugnaban en su espíritu por aventajarse.

—Escucha — le dijo —.

Ahora vamos a entrar en una tienda y voy a comprar una caja grande de bombones para que se la mandes a tu chica. . Quiero que se acuerde del día de hoy.

La mujer lo miró sorprendida; luego, con dulzura, se dejó guiar hacia calles desiertas, donde él pudo satisfacer su anhelo apostólico. Largo rato, con elocuencia incisiva, le habló puesto el recuerdo en su hogar feliz, despertando en ella esas remembranzas de pureza que sólo algunos desventurados no poseen; le habló con frases sencillas, entrecortadas, a veces balbucientes, y poco a poco la cara de la ramera fué transfigurándose... Ya aquel muchacho no era el número tantos del día; a medida que las evocaciones infantiles la

penetraban, se enternecía, y ansias de llorar obligábanla a contraer el rostro... Otras veces algún hombre ahito, apoyada la cabeza en la mano y el codo en la almohada, le había pronunciado también discursos y dado consejos; pero nunca el acento de interés tuvo aquel aroma férvido, jamás sintió tan materialmente inclinada sobre la suya un alma tan ávida de emplearse en sacarla de aquella vida de mujer de todos. Sintió que lo más íntimo de su ser se removía, que viejas cosas que creía ya muertas, estaban sólo dormidas en sus entrañas.

—Mira... Siempre hay tiempo... Yo puedo hablar con amigos de papá y buscarte trabajo... Verás cómo esta vida es peor que la vida de obrera... Y además, aunque sufras al principio, no importa... La niña no debe estar lejos de ti, porque la privas de lo mejor que ha de tener por mucho que tenga: de la infancia al lado de su ma-



dre... ¿Tú te acuerdas de cuando eras pequeña, de cuando tu mamá te cuidaba? Pues si no cambias de vida, ella no podrá tener ese recuerdo nunca... ¿comprendes? Esa niña, con sus dos manecitas, tirará más de ti para ayudarte a subir, que lo que yo pueda tirar... Un hijo debe de ser algo muy fuerte, algo que purifique, algo... ¿cómo te diré yo? Algo que obligue... Estoy seguro de que cuando piensas en ella, por sólo pensar, ya eres mejor... ¿No te pesa?... Pero no, no hablemos de lo irremediable... Ya te he dicho que nunca es tarde... Todos los días puede ser año nuevo... Serás buena, serás feliz... Ya verás. Y cambiando de tono:

—¿Hace frío, no? .. ¿Tiene ella ropa suficiente? Todavía no me has dicho cómo se llama.

—Se llama... como yo: Milagros.

—Pues vamos a hacer que se merezca el nombre.

Muy apretados el uno contra el otro, envueltos por la niebla, siguieron andando. El la sentía temblar, contenerse; y, de pronto, toda aquella emoción se desbordó y largos sollozos la agitaron:

—Si soy una puerca... una puerca... lo peor del mundo... ¡Ay, si fuera verdad eso que usted dice!

Sin casi advertir que había dejado de tratarlo de tú, él se puso a calmarla:

—Vamos, tranquilízate... Será verdad... No te pongas así.

—No, si no puede ser... Si le digo que soy lo peor.

—Ven acá, mujer...

Pero ella desasíóse de súbito, y abatiendo la cabeza, confesó:

—No quiero seguir engañándolo... Nada es verdad... Soy peor que un perro, peor que lo último... ¡No puedo tener hijos!... Todo es mentira... mentira... ¡Ah, si pudiera tener una hija!

Sollozaba con tanta vehemencia, que el impulso de desprecio al saber la impostura, fué vencido por la trágica tristeza, que no hallaba para expresarse más que palabras incoherentes. El dolor era tan vivo, venía de tan hondo, que él encontró en seguida frases de consuelo:

—Bueno, cálmate... Nunca serás tan mala... No exageres...

—Sí, sí... Soy la peor... Déjeme... Escúpame... ¡Soy lo peor!

—Vamos, óyeme; agárrate bien a mi brazo...

—Ojalá cayera para no levantarme nunca. ¡Maldita sea!

Siguieron andando; ya debían estar cerca de la casa a donde automáticamente iba ella; la mujer se detuvo y mirándole fijamente a los ojos, le dijo:

—¿Verdad que no me desprecia usted?

—No, mujer.

—Creo que sería aun más maldita de lo que soy... Usted no puede saberlo, pero cada una tiene sus entrañas, y lo que usted me ha dicho lo tengo aquí clavado... Esta caja de caramelos no la doy ni por cien veces lo que vale.

Y luego de una pausa añadió, ruborizándose como una inocente:

—Si quiere usted irse...

—No, no, vamos juntos... ¿Es esta la casa?

Un sentimiento caballeresco le impedía dejarla así; ella volvió a insistir, mas él se obstinó y subieron... Era una alcoba mísera, con ese olor dulzón de los cuartos mal ventilados. Un quinqué, con pantalla de papel de seda, daba una luz triste; dos cortinillas ocultaban la cama; en un rincón había un sofá donde la infeliz se derrumbó sin quitarse el sombrero, muda, estremecida... El, apoyado contra la mesa, la miró largo rato.

—¿No dices nada?... ¿Has perdido el habla?

—¡Ojalá!

Se acercó y se puso a acariciarla. Su juventud, fecunda en bondad, no tardó en imponer la parte de concupiscencia que la equilibraba y la hacía humana: la arcilla exigía su parte en la aventura. El mismo aire viciado tenía algo de torpemente venusíaco, de incitador... Un efluvio de perfume barato lo turbaba.

Fué hacia ella, le quitó el sombrero y se inclinó para besarla en la boca. Ella lo rechazó.

—¡No, no!...

—Vamos, deja... ¿Eres tú la que va a ser rencorosa?

Y como se esforzara en llegar a sus labios, volvió a repelerle con violencia: —¡He dicho que no!

Excitado por el imprevisto obstáculo, la persiguió por toda la alcoba, forcejearon en la cama, tiraron dos sillas... Luchaban airados, sin hablar... Un arañazo, punzándole, hizo detener al hombre, y esa cólera de la lujuria insatisfecha, subió a su faz. Ella, jadeante, había vuelto a derrumbarse en el sofá y él se sentó agotado. Oíanse sólo las respiraciones y el tableteo de un tacón golpeando al suelo con nervioso ritmo... De tiempo en tiempo él murmuraba para dar una válvula a su ira:

—¡Tiene gracia... Tiene verdadera gracia esto!

Y hubo otro silencio. La mujer, con un lento ademán de humildad, fué de rodillas hasta él y le puso la diestra en el hombro.

—¿Me perdona?

—¡Déjame!

Vibró tanto el desdén en esta palabra, que ella rompió a llorar, y las frases, engarzadas en sollozos, le salieron al fin a borbotones:

—¡A otros, sí... a otros, sí! A otros pudriré como he podrido a tantos, ¿sabe?... que ese es mi sino... Puede que esta misma noche pueda aún a alguno... ¡Qué me importa! Pero a usted, no... Antes me dejó arrastrar... Para mí es usted sagrado... ¡Si después de las palabras que me ha dicho, yo hiciera eso, no habría bastante infierno para mí!

Y vencida, volvió a echarse a llorar en el sofá. El se puso los guantes, el abrigo; ciñó con una lenta caricia la cabeza que no osaba alzarse, y salió.

A. Hernández Catá

A NUESTROS LECTORES

El papel fabricado especialmente para esta Revista, no ha llegado, por causa de los transportes, a nuestro poder. Lo será muy en breve. Esta circunstancia, pues, nos obliga *transitoriamente* a valernos de otros tipos de papel, que aunque buenos, no igualan al que tenemos encargado y obrará muy pronto en nuestro poder.

UNA NOVELA TACHADA POR LA CENSURA, POR

JOAQUIN BELDA

(Continuación.)

A los tres días de ser nombrado ayudante Lanzarote, pensando siempre en el general Ballesta, que alguna vez venía a visitarle a la calle de Goya, mandó a la anciana que quitase del reverso de la puerta de entrada al piso una descomunal herradura, que, por el tamaño, parecía de un megaterio, y colocase en su lugar una efigie del Sagrado Corazón de Jesús.

Y en un atardecer de Diciembre, cuando el coronel Lanzarote se entregaba en su despacho a la lectura de una novela de Julio Verne, al calor tibio de una estufilla de gas, llamaron a la puerta con una no muy disimulada discreción.

—Señor—entró a anunciar la noble anciana—, ahí está una señora que desea ver al señor.

—¿A mí? ¿Una señora?

—Sí, señor.

Y Lanzarote, casi en voz alta, dijo para sí:

—Si es guapa que me la

—Oye, ¿y cómo es esa señora?

—Joven, guapa, bien vestida.

—¿Tiene todavía el?

La anciana sonrió complacida.

—No sé decir al señor: eso no se lo he visto.

Hubo una pausa, durante la cual el coronel se pasó varias veces la lengua por los labios.

Luego preguntó:

—¿No te ha dicho lo que quiere?

—Ver al señor.

—Bueno, pues: dentro de cinco minutos justos la haces pasar.

No tendré que decirte, lector, que aquellos cinco minutos los empleó el bizarro militar en mitigar un poco al espejo los desperfectos del físico:

se aplacó sobre las sienes los pelos grises. dió forma mosquetera a las guías de su bigote, entallóse cuanto pudo el batín y dejó asomar por su bolsillo superior la punta de un estupendo pañuelo malva, que no usaba nunca, por miedo a descomponerle los dobleces.

Aguardó, llevándose de cuando en cuando la mano a los, para cerciorarse de que los tenía en su sitio.

Pero no entraba nadie. Entonces él asomó tímidamente el pasillo la cabeza —....., no la de—y bisbiseó a la doméstica.

—¿Qué aguardas, Dacia?

—Ah, bien; ¿la paso ya?

—¡Claro!

Oyóse por el pasillo un andar ligero y grave a un tiempo; a poco, en la puertecita del despacho dibujóse la silueta de una divina mujer que, sonriente y con una voz de oro, preguntó:

—¿Es al señor coronel Lanzarote a quien tengo la honra de saludar?

Lanzarote, con la boca seca, la nariz dilatada y la en ristre, al principio no supo más que mugir. Luego, abriendo unos ojos como huevos de avestruz, dijo galano:

—Sí, señora: el coronel Lanzarote soy yo, pero aquí

la honra, la honra, no es para usted: es para mí.

La dama alarmóse un poco ante el adjetivo que el bizarro militar había antepuesto a la palabra honra.

La visitante era una mujer alta, rubia, de piel blanca, ni gruesa ni delgada, sino con esa rotundidad de mujer llenita que hace presagiar muy agradables sorpresas al llegar el momento de desnudarse. ¿Guapa? Acaso no lo fuese del todo. Pero, ¿es que hay manera de saber de un modo cierto cuándo una mujer rubia es guapa? Yo creo que no. ¿.....? Eso sí lo era, y por partida doble.

Lanzarote la invitó a sentarse en el sofá, que, parecido a lecho del cuarto de lujo de una casa de, presidía la austeridad del despacho, como una invitación.

—Pues usted dirá, señora...

—Yo... el caso es que tal vez haya yo pecado de atrevida al venir aquí a lo que vengo.

—¡Por Dios! Las mujeres guapas no son nunca atrevidas—dijo él, ya en pleno Versalles.

—¿Vendrá a proponerme que la?—pensó Lanzarote un poco alarmado—. Lo sentiría, porque es el caso que a mí, así de pronto, no se me pone del todo.

—Repito que acaso sea un abuso, pero yo confío ante todo en su buen corazón; me han asegurado que lo tiene usted muy grande.

Don Pedro dió un salto en el sillón en que se había aposentado.

—No hay que exagerar, señora: se hace lo que se puede.

—Además, yo sé que usted, gracias al puesto de confianza que ocupa cerca de puede hacer milagros.

—¿Milagros? ¿Se trata nada menos que de un milagro?

Y ratificó su pensamiento anterior:

Decididamente esta mujer viene a que yo la

—Es una manera de

hablar.

—¡Ah, vamos! ¡Pues hable usted!

—Yo, caballero, soy casada.

El coronel se regocijó de aquella afirmación; como a todos, le gustaban preferentemente las casadas.

—Sí, señor, casada con un compañero de usted.

—¡Ah!

—Vamos, compañero, salvando todos los respetos y las distancias. Mi marido no es más que capitán.

—No importa: ¡compañero, compañero! ¡No faltaba más!

—El pobre está muy enfermo.

—¿De qué?

—De la

—Eso es muy humano.

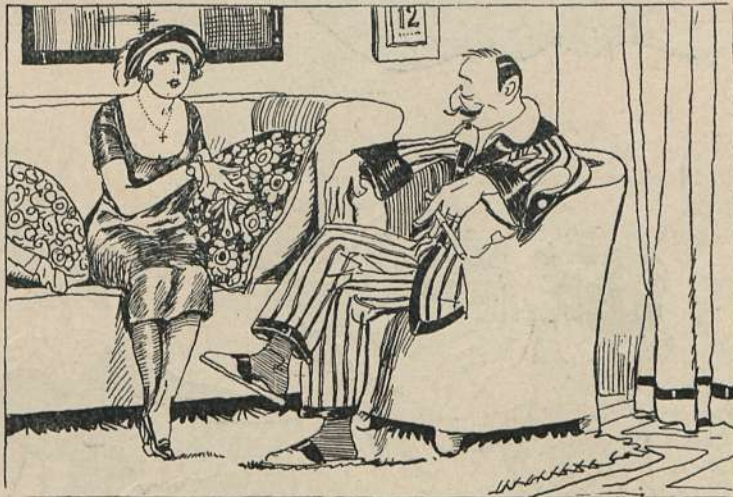
—Sí, pero a mí me tiene fastidiada. Figúrese: hace cerca de un año que no

—¿No?

—¡No!!

(Continuará)

Joaquín Belda



(Dibujo de Tiro.)



*antes el carnaval
era un pretexto
para vestirse*



¡ahora lo es para desnudarse!